

Total, revista de arte y poesía. Dirige Vicente Huidobro. Tesis. Antítesis. Síntesis. Tres cosas distintas y una sola cosa no más.

Los nueve colaboradores del primer número de esta revista son nueve incontestables síntesis del tiempo. El curioso manifiesto que pregona la cultura total el hombre total—camino abierto estos últimos años y sobre todo en el Congreso Pro Defensa de la Cultura celebrado en París en 1935—fué publicado por Huidobro en la revista *Vertigral* en 1932, en «*La Nación*» de Buenos Aires, el 33. Ahora encabeza esta hermosa revista que interesa leer a los que deseen conocer la poesía y la posición vital de mayor autenticidad que hay en Chile. A pesar del individualismo inconfundible de cada colaborador, acusan éstos, bajo la responsabilidad del prólogo, una actitud única: dar a la masa la belleza que merece. Representan la reacción contra esa dilacerante e inocua sub-literatura de urgencia, en adaptación a la pretendida inferioridad artística del proletariado. Sus facultades están comprometidas con el fragor explosivo de la época. Y debe ser así. Agradecemos el esfuerzo de Huidobro y una vez más admiramos la maravillosa juventud de su poesía.—CARLOS VATTIER.



<https://doi.org/10.29393/At139-15GKNU10015>

NUNCA, poemas por *Eduardo Lecourt Mella*, Editorial Nacimiento, Santiago.

La Poesía es una diosa coqueta y picaresca: hasta al más santo de los varones suele tentarle. ¿Y cómo no había de suceder así, si llega sigilosamente y bajo distintas apariencias hasta el solitario mortal y le puebla el espíritu de cálidas visiones? También el mortal se empeña a su vez en seducirla, y a veces la halaga con líricos requiebros o la empalaga con suspirillos románticos. O bien, trata de rendirla con anacrónicas inflexiones

de epopeya o con algún cabalístico galimatías modernista. Pero, sin su capricho, nadie lo consigue, y sólo ella puede elegir a «los elegidos».

He aquí este poeta—este varón de Dios—al que se le ha revelado la tentadora diosa bajo el velo blanco de la santidad. Pero, bajo el velo místico, se sienten latir las ruborosas incitaciones de la Vida. Tímido y a la vez ferviente, como todo casto enamorado, este nuevo poeta declara sus canciones indecisamente. El siente que le llaman con voces divinas o humanas; pero su vocación no lo comprende, y sus pasos vacilan entre lo divino y lo humano, y se queda finalmente sin rasgarse las carnes en las zarzas de los caminos, y sin transfigurarse su alma en los arrobamientos de la beata contemplación. Le faltó quizá humano renunciamiento, para lo divino, y le sobra acaso divina intención para lo último. El mismo lo insinúa en la primera poesía de su libro:

«No me sea quitado, Señor, este carisma
que en mi barro pusiste de emotivo y humano:
yo siempre te imploré que dejes a mi vida
esta divina mezcla de ilusión y arrebató».

(Mi plegaria, pág. 19).

Se repite esta indecisión, más adelante. Es lo natural: el hecho solo de ser poeta arrastra ya una indecisión, que es como la sombra de toda aspiración. Sólo cuando la aspiración se despoja de su sombra, vuela libre la inspiración. Y, en pocas poesías logra la inspiración de este poeta volar con alto vuelo: su vocación indecisa, y dos veces mística, parece que enredara también la espontaneidad del movimiento, la seguridad de la expresión y las imágenes, no siempre acertadas, se suceden a veces en monótona retahila de alegorías, que no son alegorías... Ha tomado el poeta Lecourt un poco desde atrás el gusto de la sen-

sibilidad e incurre, por consecuencia, en faltas contra el vigente buen gusto:

«Yo te vi partir, Hermano.
La hiedra de tu alegría
se iba trepando a la almena
de la esperanza. Fluías
como un manantial de ensueños
hacia el surco de la Vida».

(Canto al Hermano que soñó distancias, pág. 73).

Esto no quiere decir que toda la poesía de Eduardo Lecourt sea rancia o se haya quedado rezagada para nuestra sensibilidad. Hay acá y acullá en su libro conceptos novedosos e impensados giros; y a veces vemos cómo se le hinchen gallardamente las velas al velero de su imaginación:

«... Y levó las anclas la barca esa noche.
Como un pecho bravo que el aliento enarca
se hincharon las velas saladas de mar
y zarpó el velero.
La luna, ilusiones. Perfumes el viento,
y el mar, cancionero que invita a cantar...»

(Iterum . . . , pág. 35).

Un sabor—no muy lejano—a Amado Nervo. Pero, a verso seguido, el viento cambia bruscamente y tuerce el ritmo y afloja las velas de la ficción:

«Propicia la noche, el sur favorable, tranquila la mar,
Todos exclamaban: ¡Acaso en la vida noche más hermosa
tendremos jamás!»

Aun más se moderniza la musa de Lecourt en la poesía final del libro, «Oyendo a Beethoven». Es ésta una verdadera poesía modernista, (aunque algo rezagada en el género), arbitraria dislocada y recargada de imágenes y tan buena quizá como cualquiera de las mejores poesías de los mejores poetas modernistas:

«Resbala a borbotones
la sangre del crescendo
y se cimbra en el mar de los compases
la barca del maastro.
Sobre el carril de los violines
atraviesa un convoy de melodías,
y tras un tul de acordes y de pautas
muestran sus bocas de oro
corno, pistón y tuba, a voz en cuello».

Imágenes, demasiadas imágenes. ¿De qué sirven las imágenes, si ellas pasan ceñudas e inexpresivas ante nuestros ojos, y nos dejan los ojos vacíos?

Les falta casi siempre la sugerencia de lo subjetivo—alma dulce de la poesía—, a estas poesías. Sólo de cuando en cuando sentimos que se nos clavan adentro, como dulces pinchazos, algunos versos impregnados del humano misticismo:

«Cunde una fragancia triste
por sobre el mar, como un tul»;

(Vespertinas, pág. 26).

En resumen, un libro algo desorientado y por consecuencia, disparejo. Sólo dos o tres poesías, como «Cumplir», «Los cardos», etc., nos parecen cosa lograda y feliz. El autor de «Nunca», tiene, sin embargo, don de poeta, y con una sensibilidad

más afinada y con un más largo ejercicio, logrará sin duda ver reflejada dentro de sí mismo, si no la perfecta, al menos la infame imagen que ahora tan místicamente le busca y tan picarescamente se le esquivo.

El proemio de este libro, escrito por Francisco Donoso G., es cariñoso y bueno. Bueno, por su valor intelectual, que rezumá a su vez poesía, y también por su sentido moral, que es otra poesía; la fuente acaso de toda fuente de belleza.—GMO. KOENKAMPF.